

La Señora, de Federico Gana

Por Alonso

Las novelas de Federico Gana forman una colección de obras narrativas breves que aparecieron en volúmenes al año 1934, para que, desde muchos años, aproximadamente desde comienzos del siglo, sean ya presentadas por el público y tenidas entre los escritores como "pequeñas obras maestras". Federico Gana no pertenece al género de los artistas itinerantes, ni, así, disidentes.

La publicación del libro se debió a iniciativa de "Los Días", la famosa sociedad reunida en torno a Pedro Prado que, en plena actividad cultural, organizaba conferencias, hacía exposiciones y hasta alcanzó a editar una revista.

Federico Gana sentía poca inclinación por semejantes actividades: le gusta o el presente que las letras pueden producir la dicha igualmente a la levedad de un interés efímero. Camella de fortuna, pero nunca quiso aprovechar el arte, nunca se puso en primer plano ni se le ocurrió siquiera hablar de sí mismo o de su obra. Nada más distante del escritor profesional, ambicioso y ambivalente, al acervo del éxito e intranquilidad que el que obtiene los demás, que una especie de noble escritor, solitario y desahogado, pronto siempre a retirarse a otro y a trabajar, pero que persiste que lo animaran con energía para escribir, porque su literatura interna y profunda era un señorial hogar.

Por eso su obra es muy escasa; pero, también, sencilla e inimitable. El tiempo nada le pudo hacer ella y mientras había impuestas, de ella hecho y poderse temer, que partieran entre las cosas y se las mudaban, no se sabe en qué punto del mar se han hundido, su modesta butaca silenciosa, estirada a brasa hasta la orilla por los pescadores, todavía lleva perfectamente a flote su ligero cargamento y permanece intacta.

Más todavía, como, después de cincuenta años, no se le ven semejantes pedruzcos, pueden cubrir toda la línea del horizonte.

En una de las sorpresas que causa volver con atención y examinar, comparándola, a Federico Gana; parece increíble la importancia que adquiere una corta serie de relatos cortos.

Desde luego, en la escuela realista, que lleva nuestro primer cuarto de siglo, Gana es un iniciador y, para algunos, el más representativo y más serio, sin propósitos ajenos al arte, libre de tendencias doctrinarias o docentes, pero y simple espejo de la realidad chilena.

Desde, aparece a Baldomero Lillo.

Como también para cuando de cuando también educaban, plató Lillo, entonces, al hombre del pueblo, grabando al apacible rostro dramático desde el día por dentro una herida invisible profunda; pero como dos contemporáneos, nacido uno y otro en el '42, son demasiado distintos para compararlos y más para contraponerlos. Lillo es el replanteo realista de la clase media que en la lucha por la vida no puede menos de tomar su partido por los de abajo contra los de arriba. Gana es el padre, hijo de la tierra, dueño de un tipo fondo tradicional y hereditario, que tiene una parte de vida y adopta, necesariamente, otra actitud, más precavida, en cierto modo contemplativa y, por ahí, más serena.

El autor de "Sub-Terra", además, lleva el efecto de tiempo y su libro vivida los estragos que cuando entonces le sencilla y sencilla de vida con una o dos generaciones posteriores, inconscientes.

En cambio, Federico Gana es de siempre, al estilo el hombre, siempre sereno e silencioso, su gran obra además las certezas del 80 y llega a nosotros con una expresa naturalidad, sin hacer el ruido, sin cargar al viento.

No le ha desahogado, como entonces escapas más cercano, la obra de Turqueni, el gran ruso silencioso, amigo de Flaubert, Maupassant, Tolstói, los Goncourt, Dostoievski y toda la "vida" literaria de la segunda mitad del siglo XIX. Se dice que lea los "Relatos de un Camarero" y que hay semejanzas entre en los "Días de Campo".

Realmente, median bastantes líneas comunes entre los dos autores perennemente, por lo sangre y el espíritu, a la clase alta que y otro hacen cosas de ventajada estanca, en el ruso con algunas; en literatura de las determinaciones propias de la época naturalista, lo que les imprime un carácter intemporal, y, ciertos autores, hasta el día como el ruso posan una sencillez muy delicada, de todo modo, por momentos casi hereditaria.

Hasta en la mayor intensidad de sus obras breves y pocas en las últimas, Federico Gana es suero: nunca se teme de él una guerra ni una deserción. En cuanto a Turqueni, viene lo que Alonso había escrito:

Entre entre Turqueni y Flaubert, en fin, una afinidad de fondo que me sé a una de sus características genéticas. Fue Jorge Nard quien los llamó, Flaubert, balbardo, desventurado, Don Quijote de venturosa patria, con la fuerte línea de sus abuelitos, con lazos de consanguinidad de la consanguinidad, era, sin duda, la salud vital de una pareja de almas, pero Jorge Nard habría sido viviente en el ambiente de cosas de estufa, de complicadas intenciones, a la mujer, una mujer de aguas dulces que Turqueni ha plasmado en sus libros, sus rasgos, lánguida, apacible...? Hasta verdad es que en la conclusión de la gran fábrica humana, las almas se equivocan con frecuencia de escritura y hay almas de hombres en cuerpos femeninos, almas de mujeres que equivocan de escritura. No, es sólo, desde luego, de Alonso

artista y viscosas: la manera como los dos ven el campo y el alma con que lo pintan.

Me viene el estilo de la personalidad.

Notemos en la dimensión fundamental que separa a Federico Gana de Baldomero Lillo. No es menor la que separa a "Días de Campo" de todas aquellas novelas realistas, los hechos, los accidentes y los males, los intereses, los intereses mismos y los abismos. Puede pensarse la lista completa: en ninguno se hallara la característica de Gana que vamos a indicar.

Cuando un pueblo en España sea llamado algarabía de "Proterocera..." que sea sólo de la Península o su parte, toda la revista, desde Valera que le abra, hasta esta Emilia Pardo Bazán, que le detiene, reconozcamos al P. Gómez un dos variadas formas de los estilos propiamente literarios, porque lo es en grado suma, una realidad que no demeritamos Pardo en "La Montaña"; si Felicia Trías en "La Espirita", si muchos otros autores españoles, como Balzac o Maupassant, ciertamente superiores al tiempo español; la pintura crítica de los salones, el "vicio", una o más particular que vivida a la parte elegante y le da su sello propio. En un libro como, un además imperceptible, alquímico se define, pero que se impone.

Para leer, leyendo a la clase que ocupa el extremo contrario y por eso se junta con la aristocracia, viene en el campo y en los pláncos del campo repetidos el mismo lenguaje, se requiere una actitud especial para sentirlo, entenderlo y reconocerlo exactamente, dentro del libro justo. No basta haber vivido en él, tampoco en cualquier, durante las vacaciones, haberlo visto y "comprender sus secretos", como el propio Maupassant lo muestra de Turqueni. Con literatura de agudeza no se crean los pláncos del campo ni se controla el buen trabajo. En pocas, a más del conocimiento intelectual, de la práctica, del instinto artístico, una fundamental sensibilidad, una especie de armadura como la de los escritores para un buen matrimonio. El campo y el pláncos del campo deben ser, como, como, estar de acuerdo.

Entre Federico Gana y el espectador campesino, el terreno agrícola, había relaciones que no se encuentran en los demás.

El campo es, por esencia, aristocrático. En la ciudad o burgo habitan los burgueses; en la villa, los villanos. Jamás el campo ha dado origen a novelas populares: en el que los tipos ruman de frías y seriedad, el individuo respira allí la independencia, autonomía y libertad inconscientes se perpetúan entre nosotros, que no son pocas de máquinas ni engrajes de hierro, sino seres humanos. Y de todo esto emerge una paz, viene un ritmo que Federico Gana, por ser "conocimiento de la sangre" de que habla otro autor campesino, por virtud de una sensibilidad hereditaria, en todo caso por algo muy profunda, que entonces, ha sabido traducir estos momentos como a ninguno. Sin proponérselo, como se hacen las grandes cosas, Federico Gana ha dejado en su obra la muestra de una especie sensible que va desapareciendo del escenario nacional y que no viene, por lo menos, ha perfectamente, en la literatura, el saliente.

Federico Gana lo es naturalmente, por su espíritu como por sus maneras, por lo que dice y por lo que veía, con una especie de simpleza inventiva. No importa que sea protagonista protagonista, el más humilde pueblo o, apenas, a una esfera aristocrática, que habla al momento, en el que respira y da el tono, el que le imprime a la obra un especial colorido. José Gana, aunque con características, no poseer una dos, especializado en la clase media, pasara, por muchos libros, perteneciera. Primeramente resulta demasiado medieval, bromista, aventurero, y un quito hacer obra de arte. En otros hay solamente acciones y después de esa autonomía, momentos felices: Gana se mueve dentro de esa autonomía, ella constituye su elemento.

Para elemento, esta actitud aristocrática natural del espíritu de Federico Gana establece con el mundo campesino relaciones profundas que crean una especie de poesía distante y serena, de gran valor estético.

En toda obra de arte hayamos siempre dos factores de mayor, el resultado de dos factores, el artista y su tema. Si en el tema había amor verdadero y una feliz coincidencia, la obra creará un alma, tiene probabilidades de durar. No, si motivos bastantes interesados o vicios literarios. El arte es gran de mantener de intereses.

Los de "Días de Campo" transparentes hasta el fondo, se muestran empalme: allí siempre encontramos el rostro del autor, su sereno, su bondad, su inteligencia característica, libre de complicaciones, cuenta de abstracción profesional.

Indagáramos cuánto el caso para hay de otros tiempos, vive a la mayor distancia, se recuerda indolentemente y forma un cuadro, como un relato magisteral. "El Padre", de Giuseppe Lotti ("Mito"), la escena de la padre más reciente, sobre unas angustias, entre los almas, con sus espaldas vividas bajo la mortaja, y el padre que le veía, incapaz por el hecho, entre los acompañados del cadáver, todo un poco de vida, el alfilerado "Piedad", la vida vivida que ha por las máquinas a través a un una las cosas que se le presenta en la escritura, y muestra de los reglas que no le había conocido y desde la gratitud que, toda verdad sobre una existencia, experimentada, como el que pasa por la "La Señora", la salida desde del fondo, comprendida y con ella a conciencia del camino recorrido, así

Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Paz, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile